

XXIX
Certamen
de Poesías y Narraciones Breves
HERMANOS CABA



Excmo. Ayuntamiento de
ARROYO DE LA LUZ



2017



Autores:
Néida Leal
M^a Paz Bacas Leal
Manuel Laespada Vizcaíno
Juan José Alcolea

Edita:
Diputación Provincial de Cáceres.

Diseño y Maquetación:
Departamento de Imagen de la Diputación de Cáceres.

Impresión:
Imprenta Provincial de la Diputación de Cáceres.

Depósito legal: CC-342-2017

Cáceres, noviembre de 2017.

PRESENTACIÓN

CARLOS y PEDRO CABA LANDA, los Hermanos Caba, han sido unas personalidades arroyanas del siglo XX. En honor a ellos se constituyó en 1988 este Certamen Literario.

Carlos el mayor, nació en 1899. Aunque vio la luz en Zaragoza, antes de cumplir dos años se trasladó con sus padres a Arroyo de la Luz, por lo que siempre se consideró arroyano

Tras la temprana muerte de sus padres, se marchó a Madrid junto con su hermano Pedro. Para poder subsistir, Carlos actuó de guitarrista en un café cantante hasta que, en 1925, aprobó unas oposiciones para funcionario público, empleo que le permitió dedicarse a su vocación de escritor y periodista. En autoría compartida con su hermano Pedro, publicó en 1933 el ensayo Andalucía, su comunismo y su cante jondo, que acaba de conocer su tercera edición. Colaboró de manera asidua en periódicos gallegos y llegó a ser miembro correspondiente de la Real Academia Gallega. Tradujo del inglés y del francés

ensayos de psicología y criminología. Y publicó varias novelas. A su muerte dejó manuscritos inéditos de novelas y memorias.

Pedro; vio la luz primera en Arroyo de la Luz, el día 2 de diciembre del año 1900, en la arroyanísima Calle del Rollo, es el gran ensayista, novelista y poeta. Se trasladó a Madrid con su hermano por la causa citada anteriormente, donde comienza los estudios de Filosofía y Letras y Ciencias Exactas, que tuvo que compaginar con diversos oficios para poder subsistir.

A los veinte años publica, en autoría compartida con su hermano Carlos el ensayo filosófico “Las ideologías del siglo “, perdido en la actualidad. . En Madrid descubre a Jose Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Julián Besteiro. Acude a las tertulias de los Hermanos Machado y traba amistad con Ramón Pérez de Ayala y Federico García Lorca, quien le llama “el sabio inocente”.

En 1930 escribe en colaboración con su hermano Carlos el ensayo sobre el alma andaluza y la música jonda “Andalucía, su comunismo y su cante jondo”, editado en 1933 por la Biblioteca Atlántico. En 1934 escribe su primera novela, Las Galgas, que obtuvo el premio Gabriel Miró tras publicarse en la editorial Juventud. Tras la Guerra Civil fue trasladado a Valencia como funcionario postergado, donde desarrolló una intensa vida cultural. Allí, en el café El Gato Negro, mantuvo una tertulia literaria a la que asistían Angelina Gatell, José Hierro, Ricardo Zamorano,

y Alejandro y Vicente Gaos, entre otros. En 1959 le invitó la Sociedad Antropológica de Buenos Aires para dar una serie de cursos y conferencias. Hacia el final de su vida fue nombrado por unanimidad miembro de honor de la Real Academia de las Artes y las Letras de Extremadura. Su extensa obra literaria y filosófica incluye más de veinte libros y numerosos artículos en revistas especializadas.

El recuerdo de su pueblo natal, siempre ha permanecido en su obra y su vida, como lo demuestran estas palabras de Pedro:

“Cuando la vida me echó a andar por el mundo, yo también experimenté – y experimento esa agridulce nostalgia de la ausencia y la emoción triste de su lejanía”.

SALUDA

La cultura, en sus más variadas manifestaciones, es una de las banderas que distingue las actuaciones del Ayuntamiento de Arroyo de la Luz. En el día a día el municipio es ejemplo de cómo mantener el cine en la localidad; no faltan las citas teatrales a lo largo del año; igualmente su biblioteca es eje de diferentes actividades, y buen síntoma de ello, son las repetidas ampliaciones que tienen lugar en sus dependencias; se apoya la cultura musical de la localidad en sus diferentes modalidades... Pero de manera especial se miman los Concursos y Certámenes regionales, nacionales e internacionales que el Ayuntamiento promueve y apoya, relacionados con la literatura, la fotografía, la pintura, el cante flamenco, el cine o el teatro.

Hoy me siento orgullosa, al presentar la primera publicación en papel, que gracias al apoyo de la Diputación de Cáceres, hacemos de los ganadores de la vigésimo novena edición del Certamen Literario de Poesías y Narraciones Breves Hermanos Caba.

Es un Certamen de gran calado a nivel nacional. No

es para menos pues solo en los trece últimos años, desde 2004, son 1272 los escritores que han participado. Seiscientos setenta y seis como poetas y quinientos noventa y seis en la modalidad de narrativa. Ascendiendo a 1616 el número de obras totales presentadas en este periodo.

Que sean las figuras de Carlos y Pedro Caba quienes abanderan este Certamen es importante no solo como personas con una gran valía literaria, e investigadora; sino como modelos de arroyanos que plantaron cara a las adversidades de la vida y salieron adelante.

Estos dos arroyanos, perdieron sus padres a edad temprana. Las habilidades aprendidas, Carlos tocaba la guitarra, les permitieron sortear las necesidades diarias y costearse sus estudios, compaginándolos con los oficios que surgían. Fueron novelistas, colaboraron en publicaciones científicas y profesionales. Carlos dominaba el inglés y el francés lo que le permitió traducir ensayos de psicología y criminología. Pedro edita el ensayo filosófico “Las ideologías del siglo”; traba amistad con distintos escritores como José Ortega y Gasset, Julián Besteiro, Hermanos Machado, Federico García Lorca... su extensa obra literaria y filosófica, permite que hacia el final de su vida sea nombrado por unanimidad miembro de honor de la Real Academia de las Artes y las Letras de Extremadura.

En tus manos tienes la obras de los ganadores en poesía Manuel Laespada y Juan José Alcolea y en narrativa Nérida Leal y M^a Paz Bacas. Es de seguro que su lectura te llegará al corazón, hará que afloren emociones, en algunos casos te cautivará su intriga.

El certamen literario de los “Hermanos Caba” y la

publicación de estas obras, muestran el compromiso, la apuesta y relevancia de la cultura en nuestro pueblo, mostrando parte de lo que somos, como bien se define en la marca de nuestra localidad “Arroyo de la Luz, todo lo que somos”.

Agradezco a la Excma. Diputación de Cáceres que haya hecho posible divulgar las obras de estos ganadores.

María Isabel Molano Bermejo
Alcaldesa - Presidenta

Nélida Leal

Me llamo Nélida Leal y, aunque nacida en Alemania, me he criado y vivido toda mi vida en Cádiz; soy Diplomada en Relaciones Laborales y actualmente trabajo en el departamento de administración de un Puerto Deportivo en la misma ciudad.

Mis inquietudes literarias han existido desde que puedo recordar. Fui lectora compulsiva desde la niñez, y armada con una vieja Olivetti, me pensaba escritora mientras hacía mi propia versión del último libro leído. Sin embargo, el paso de los años y la presión “oculta” de hacer algo de provecho con mi vida, hizo que si bien mantuviera mi vocación lectora, dejase de escribir. Todo ello cambió a raíz del nacimiento de mi primera hija, ya que, como toda madre que se inicia en la aventura de la maternidad, estaba llena de propósitos e ilusiones y quería, sobre todas las cosas, transmitir a mi hija que debía luchar por sus sueños, que nada jamás la apeara de aquello que realmente deseaba. Fue entonces, en 2010, cuando me di cuenta de veras que yo no había luchado por el mío: escribir. Precisamente el

querer servir de ejemplo a mi hija fue el detonante de que hoy, siete años después, no sólo haya materializado la vocación de mi infancia, sino que además me ha permitido ganar una treintena de premios literarios, muchos amigos y experiencias, y la oportunidad de recorrer numerosos rincones de España gracias a la Literatura.

Sin considerar aquellos certámenes en los que haya recibido la condición de finalista o menciones de honor, mi “palmarés” literario queda reflejado aquí.

- Primer premio XIX Concurso de Narraciones Breves “Hermandad Caba”. Cáceres.2017
- Tercer Premio IV Premio Antonio Reyes Huertas. Campanario. Badajoz. 2017.
- Primer Premio XV Concurso Relato Corto Caños Dorados. Córdoba. 2017
- Segundo Premio Concurso Poemas Asoc. Corazones de Tejina 2017. Tenerife.2017
- Segundo Premio Premio de Relatos Huétor Vega 2017. Huétor Vega. Granada.2017.
- Primer Premio XX Premio de Relatos ‘Ciudad de Palos’. Palos de la Frontera. Huelva 2017.
- Primer Premio XI Concurso de Cartas de Amor. AVA. Grado. Asturias.2017
- Primer Premio XIV Certamen Literario “En igualdad”. Salteras. Sevilla. 2017
- Segundo Premio XVI Certamen Relatos Cortos AA San Juan Bosco. Córdoba, 2017
- Primer Premio XV Certamen ‘Escrits a la Tardor-Vila de L’Eliana’. Valencia. 2016

Crónica de una maternidad

- Primer Premio IX Concurso de Cartas Amor de Torrelavega. Cantabria. 2016
- Segundo Premio XXXIX Certamen Relato Castillejo Benigno Vaquero. Granada. 2015.
- Primer Premio III Concurso de Relato ‘Ficción y Ciencia’ Universidad de Málaga. 2014.
- Primer Premio XIX Premio de Relatos ‘Ciudad de Palos’. Palos de la Frontera. Huelva. 2014.
- Primer Premio XIII Concurso de Relato Corto de Iznájar. Iznájar. Córdoba. 2014.
- Primer Premio Primavera en Triana Puente de Barcas. Sevilla. 2014.
- Primer Premio Concurso Literario Botillo 2014. Bembibre (León). 2014.
- Primer Premio X Certamen Literario Ana María Cerrato. Sta Amalia. Badajoz. 2014.
- Segundo Premio X Certamen de Relatos Breves sobre Igualdad de Género. Aranda del Duero (Burgos). 2014.
- Segundo Premio VII Certamen Cartas Amor San Vicente de Alcántara. Badajoz. 2014.
- Primer Premio XX Concurso ‘Relatos de Igualdad de Mujeres y Hombres’. Miranda de Ebro. Burgos 2013.
- Primer Premio XIV Certamen Literario Dulcinea. Zaragoza 2013.
- Primer Premio XII Certamen Relatos sobre Mujer del CIM. Cádiz 2013.
- Primer Premio XVIII Concurso Háblame de Amor y Amistad. Madrid 2011.
- Primer Premio XII Certamen Nacional de Relato Breve “Relatos de Mujer”. Ayuntamiento de Bailén. Jaén 2011.

Nélida Leal

- Primer Premio II Certamen Relatos Cortos Memorial Conrada Muñoz, Fundación Sociedad y Justicia. Granada. 2011.
- Primer Premio Modalidad Marítima-Portuaria en X Certamen Literario Agrupación Cultural Carmen Martín Gaité de Relato Breve. Madrid 2010.
- Primer Premio en XX Certamen Literario Frasquita Larrea. Cádiz 2010.
- Primer Premio en XII Certamen Literario 'José Rodríguez Dumont'. Granada 2010.
- Primer Premio Relato VIII Certamen Literario "Carmen de Michelena. Jaén 2010.

Crónica de una maternidad

Un martes de octubre.

La primera vez que lo vio, en su camino al supermercado, Fina estuvo muy cerca de sufrir un infarto o, cuanto menos, un desmayo. Reflexionó sobre ello cuando esa misma tarde, ya en casa, intentaba recordar con la mayor objetividad posible lo que había ocurrido por la mañana. De su efecto no necesitaba engañarse, porque no había traído del súper ni la mitad de la lista de la compra, y había olvidado guardar en la nevera lo poco que había traído, pero ni siquiera había tenido ánimos para lamentarlo, porque en cuanto dejó el carrito a medio llenar en la cocina, se había apresurado a coger la caja de fotografías escondida celosamente desde hacía mucho y se había encerrado en su dormitorio, a enfrentar realidad y fantasía con todo el empeño del que fuera capaz. No debía haber sido mucho, la verdad.

Porque estaba decidida a volver.

Fina sabía, racionalmente sabía, que aquel chico era un desconocido. Ella no creía en lo sobrenatural ni en la magia, jamás había sentido siquiera atracción por el mundo de lo esotérico, y estaba inmunizada

de antemano ante la más lograda sugestión, pero, por otro lado, también creía en lo que veían sus ojos, y sus ojos habían visto a una persona extraordinariamente parecida a otra, otra cuya mera visión, incluso cuando eso había sido posible, conseguía siempre conmoverla. Lo que le había ocurrido hoy había sido como una bofetada del pasado, al mismo tiempo que su más suave caricia. Era él, igual que él sin evidentemente serlo, no ya porque los muertos no regresan, sino porque el hombre que podría haber sido hoy su hijo rondaría ya los treinta y cinco años y aquel joven no pasaba de los veinte. Pero Julio había tenido veintiún años cuando perdió la batalla, y, por lo tanto, el darse de bruces con aquel desconocido vestido con el rostro de alguien tan amado había sido demasiado para ella. Demasiado. La conmoción la había mantenido en un estado de shock durante horas, unas horas en las que apenas había hecho nada salvo mirar fotos viejas y decidir con toda frialdad que había sufrido una inesperada alucinación. Algo, la forma en le caía el pelo rubio sobre los ojos, la expresión atormentada en su rostro juvenil, incluso la silueta mal apoyada sobre la pared, había creado el sortilegio y ella había creído ver a Julio en aquel indigente malhablado y arisco que nunca, era imposible que Fina no lo recordara, había pasado por allí. Y probablemente no volvería a hacerlo. En lo poco que ella, debido a la impresión sufrida, había estado realmente pendiente de lo que ocurría a su alrededor, había podido comprobar que el chico era muy mal mendigo: interpelaba a gritos a los viandantes, “agradecía” con hosquedad la limosna

e incluso cuando se mantenía en silencio exhalaba un aura de agresividad muy perceptible. No estaba del todo segura, pero, al salir de su atropellada compra, a Fina le había parecido que, mientras farfullaba incoherencias, y ante las miradas de desdeñosa estupefacción de la gente, el joven había pateado su propia gorra y las monedas se habían esparcido en un tintineo ominoso del que ella había salido huyendo como si fuesen proyectiles de bala.

Dios. En aquel momento, justo en aquel momento, todo parecido con Julio habría parecido poco más que el capricho de una lunática.

Y es que Julio había sido un chico dulce y considerado, al que sólo la agonía de una enfermedad invencible pudo desprenderle la bondad. Ni en los más desafiantes momentos de la adolescencia se había permitido la más leve concesión a la violencia, de palabra u obra. Naturalmente no era un ángel caído del cielo, tenía sus prontos, sus reservas y sus malas respuestas, era, incluso, quizá más antipático de lo que su hermana había sido nunca, pero Fina aceptaba que su análisis no podía ser justo: Julio hacía ya catorce años que no podía ganarse ninguna otra reputación, mientras que Alicia, madre ya de dos hijos, llevaba su vida, una vida aparentemente feliz y completa, pero una vida alejada de Fina, que no podía darse el lujo de recurrir a su hija cada vez que se sentía sola, circunstancia muy común tras la viudez. En el teléfono, Alicia seguía siendo atenta y cálida, pero también una mujer siempre apresurada y llena de cosas que hacer. A Fina le quedaba mucho tiempo libre para pensar, en

el pasado y el estrecho futuro que imaginaba disponible a sus sesenta y muchos años. En el presente, apenas pensaba. Al menos hasta que se había tropezado con un indigente brusco y rubio y se le reordenaron por completo las prioridades.

Fina tragó saliva.

Iba a volver a verlo. Con ojos serenos y razonados. Si no se parecía ni la mitad de lo que había temido, mejor para todos. Si se parecía...

Si se parecía... ¿qué? ¿Qué se suponía que iba a hacer aun cuando volviera a ver a un calco de su hijo muerto? ¿Raptarlo, hacerle una foto, preguntarle por su familia, buscando una improbable conexión? Fina frunció los labios, momentáneamente indecisa. En el fondo de su alma, pensaba y también rogaba por no tener que enfrentarse a esa disyuntiva, por la sencilla razón de que cuando volviese a ver al chico no vería más que a un chico rubio como otro cualquiera, más desaliñado que la media y quizá hasta más atractivo que su propio hijo, pero nada más. Nada más. Ella recuperaría su calmada y rutinaria vida de viuda solitaria sin grandes aficiones, esperaría las esporádicas visitas de su hija y sus nietos, seguiría yendo de cuando en cuando a la iglesia, a dar un paseo con la vecina, a comprar libros y música, a visitar la tumba de su marido y de su hijo... seguiría con su triste vida carente de atractivos. A Fina le aterraban los cambios mucho más que la previsible y rutinaria sucesión de días. Lo mejor que podía pasar era que el chico fuera un chico más, y así ella no tendría que tomar la menor de las decisiones al respecto. Se estaba convirtiendo

Crónica de una maternidad

en una vieja loca, tan débil que no podía soportar bien ni la menor de las sorpresas, invalidada por anticipado para hacerles frente.

Pero si se parecía...

Fina se levantó, súbitamente recorrida por un coraje que no recordaba haber tenido nunca. No podía ser tan cobarde y ridícula. Había perdido a su marido hacía tres años, y a un hijo en la flor de la vida hacía catorce, casi quince; su otra hija estaba a muchos kilómetros de distancia y se las había arreglado para no tener más familia cerca, era una mujer de casi setenta años sola por convicciones y por obligación, y aun con todo el dolor de su corazón a costas había sido capaz de sobrevivir sin daños irreversibles aparentes. La posibilidad de que un sin techo que no había tratado jamás pudiera parecerse a su hijo muerto no podía dejarla reducida a ese montoncito de dudas y miedos. Es más, iría ahora mismo a verlo, se obligaría a darse de cara con sus angustias. Si no, seguro que en el transcurso de la noche su cerebro, superado por las circunstancias, inventaría cualquier razón plausible para ir a comprar a otro sitio durante unas semanas, huyendo absurdamente de la más mínima confrontación, hasta que volviese a sentirse a salvo en su mundo de aburrimiento.

Fina negó con la cabeza en la soledad de su piso de viuda, lleno de silencios. Nadie iba a felicitarla por su arrojo ni a censurarle la cobardía, pero daba lo mismo, ella ya había resuelto que si estaba sola, lo estaba para lo bueno y para lo malo. Con gesto casi fiero, agarró el bolso. Igual el joven ni siquiera seguía allí, y a ella no le vendría mal regresar al supermercado.

Después de todo, había comprado la mitad de las cosas.

Un jueves de diciembre.

Fina había hecho una colada de sábanas y mantelería que, tras haber planchado, doblaba ahora con minuciosa paciencia. Desde muy joven, aquel ejercicio doméstico había tenido la virtud de templar sus nervios en las escasas ocasiones en que los perdía: cuando a los chicos les dio por pelearse a cada momento, cuando Ramón había tenido un revés en los negocios, cuando ella descubrió aquel bulto en el pecho y agotaba una espera de resultados en silencio y en secreto. Aquella labor tranquila, la calidez menguante del tejido, oloroso al espliego que ella colocaba entre los pliegues de la tela, le transmitía una serenidad en la que la Fina del ayer había sabido encontrar su propia paz. Los chicos crecerían y aprenderían a llevarse y no discutir por pequeñeces, Ramón era un hombre inteligente que sólo sorteaba un mal momento del que sin duda se recuperaría, el doctor le diría que era un quiste inofensivo, que no iba a ocurrirle nada malo, que nada le impediría ver crecer a sus hijos. Todo se arreglaría, todo se resolvería. Siempre había ocurrido así, en realidad.

Pero ahora...

David dormía en el cuarto que había sido de Julio, lo cual había ocurrido de manera casi natural desde la primera noche y no dejaba de ser, después de todo, algo lógico, sin serlo. Porque aquel chico que ella estaba ¿tutelando? ¿acogiendo? ¿amparando? no era su

hijo ni podría haberlo sido nunca, más allá del extraordinario y casi sobrecogedor hecho de su parecido con Julio, pero, de alguna forma, se había convertido en uno, en el tercer hijo que Fina nunca había tenido ni soñado con tener. Un tercer hijo, un hijo más que se parece a un hermano mayor pero tiene su edad, su carácter, su temperamento, sus debilidades y sus fortalezas propias. Tiene su voz, su risa y su forma de hablar, tiene la capacidad – aquel hijo no nacido de ella la tenía – de sacudir el temple de su madre con sólo una mirada quieta y rápida de sus ojos azules.

Y también tenía, al parecer, un abanico de trastornos mentales, algunos nacidos con él, otros adquiridos a través de una infancia que, aun sin descifrar en sus detalles, ya auguraba un surtido infinito de posibilidades: maltrato, abandono, rechazo, falta de cariño, desprecio, violencia, dolor. ¿Cuánto había soportado David antes de convertirse en un hombre de veintidós años en el que ya nadie podía intuir el niño asustado y vulnerable que había sido?

Fina pasó su mano manchada por la edad sobre el ribete bordado de un mantel antiguo, almidonado y de porte principesco. No recordaba quién se lo había regalado, pero sí sabía que había sido un caro y poco apreciado regalo de boda, que, sin embargo, había acabado usando con regularidad, porque aunaba, en su blancura imperturbable, dos cualidades singularmente distintas pero no incompatibles: la distinción y la utilidad.

David, pensaba Fina, era un poco como aquel mantel que llevaba cuarenta años en su vida, casi el

doble de lo que él llevaba en el mundo, una mezcla sorprendente pero cierta. Podía llegar a ser un alma dolida, necesitada de ayuda, y podía ser una criatura violenta, temeraria y peligrosa. A veces, casi sin solución de continuidad. Llevaba más de un mes tratando de atravesar la densa niebla del misterio que encerraba aquel chico con el rostro de su primer hijo y un pasado de diez vidas tras de él, y Fina, a veces, dudaba de contar ella misma con vida suficiente para seguir intentándolo. Hacía ya mucho que no se preguntaba en voz alta por qué se había adentrado voluntariamente en aquella cruzada contra una psique perturbada, tal vez sin solución, porque por las noches, enredada en pesadillas que le dejaban el cuerpo sudoroso y la mente torturada, siempre obtenía la misma respuesta, una respuesta que a la luz del día, un día que, de la mano de David podía derivar de Infierno a Paraíso y viceversa en cuestión de segundos, no se atrevía a dar por buena.

Que ya había perdido a un hijo por no saber consolar el peso de su mirada atormentada, y no perdería otro sin dejarse la piel en ello.

Jamás.

Un lunes de enero.

David había engordado cinco kilos en aquellos dos meses escasos. En sus días buenos (“sus horas buenas”, se corregía Fina, impertérrita aun dentro de sus miedos), era un hombre joven de apetito voraz y conversación animada e inteligente. Con destreza, evitaba hablar de su pasado más que de forma vaga

e imprecisa, pero se deducía con facilidad que había tenido una buena formación a pesar de sus carencias afectivas. Era capaz de hundirse en un silencio opaco y denso durante días, pero parecía querer compensarlos cuando una mañana cualquiera despertaba de mejor humor. Había enseñado a Fina a manejar el ordenador que Alicia le había regalado para que conversaran por skype, había reparado la batidora y fijado la baldosa suelta del baño y de cuando en cuando le regalaba una sonrisa distraída, fugaz, cuando la miraba pasar, ocupada en sus quehaceres. Él, por supuesto, no tenía ningún otro que la mendicidad errática en las calles, y si había obtenido alguna vez un buen o un mal motín, si guardaba una fortuna en alguna parte, Fina no lo sabía. Cuando él, asediado por ella, había aparecido un día en la puerta de su casa con sus pertenencias, la mujer se sintió desfallecer ante el escueto y sucio patrimonio de un joven que procedía, según sus palabras, de una familia que no tenía “nada más que mucho dinero”.

- ¿Esto es todo? ¿Una mochila y tres pares de zapatos? - le había preguntado, atónita, en el quicio de su puerta, aquella mañana fría de noviembre.

Él no tenía un buen día, aquel día. Había arrojado la bolsa con los tres pares de botas contra la alfombrilla de la entrada. Una de ellas casi golpeó el pie calzado con zapatilla de su indecisa anfitriona.

- ¡Pues ya podrías agradecer que no tenga un perro, como todos los malditos vagabundos! - había trocado, apoyando con fiereza una mano en la jamba. Fina había retrocedido, intimidada aun contra su vo-

luntad. - ¡Nadie te pidió que me dieras donde dormir, eres tú la que no me ha dejado en paz, así que cuando quieras me largo!

Más de un mes después de aquel poco halagüeño encuentro, Fina seguía sintiendo orgullo por su coraje. Por el de ella, que no le cerró la puerta en las narices, asustada, y por el de él, que sólo a través de gritos y agresividad era todavía capaz de hacerse entender en un mundo donde sólo los golpes habían sido el lenguaje conocido y aun así no había echado mano de una violencia desatada que hubiera supuesto una despedida definitiva. Ya entonces Fina sospechaba que su protegido era un ser “enfermo”, torturado por la ansiedad y por los recuerdos, y tras numerosas conversaciones (y enfrentamientos) con aquel joven que tenía el rostro, la estatura y la complexión de Julio, había acudido a su propio médico, para encontrar alguna respuesta a todas esas preguntas que con David no se decidía a formular.

- A veces parece que esté loco, Don Manuel, pero, en otros momentos, se ve que sigue siendo un niño indefenso, asustado y desvalido. Lloro de repente, y se disculpa, me dice que le duele la cabeza, de “todas las hostias que lleva encima”, que lo deje en paz, que no tiene remedio... salta de un estado de ánimo a otro sin aviso. Hay días que desaparece, no sé dónde va ni qué hace, sólo sé que está solo, porque él mismo admite que rechaza a la gente, que no quiere tratos con nadie para que luego le den la patada. Desconfía de una forma irracional hasta de quien le presta ayuda, y vive como si se sintiera perseguido, si

usted viera cómo mira por encima del hombro, como un perturbado.... Otras veces, en cambio, está bien, moderadamente bien, claro, pero tranquilo, casi cordial. Educado, diría. Yo no sé cuál es el David de verdad, el real. Y empiezo a necesitar saberlo. Ya sabe... para quedarme... – Fina había mirado al médico, que llevaba una decena de años atendiéndola en sus cotidianas dolencias de mujer asentada en la vejez –... o darme por vencida.

El hombre la había mirado sin asomo de desaprobarción. La conocía, y sabía bien que la cordura de Fina no se vería comprometida en su afán de ayudar a enmendar la de aquel desconocido que había irrumpido en su vida con el rostro de un chico muerto. Ella sabía que su hijo ya no estaba, que aquel joven no era ninguna reencarnación apropiada para consolar su pena, no se dejaba llevar por sentimentalismos abstractos o desquiciados y percibía bien el alcance de sus propios miedos: quería ayudar a aquel chico surgido de la nada, quizá se había fijado en él porque se parecía a su hijo, pero si lo conservaba era por propia bondad. Ni aunque Dios mismo le hubiera probado a Fina que Julio había escogido aquel tortuoso camino para volver a la vida, estaba dispuesta a pasar sus últimos años enfrascada en una causa perdida.

- Le daré el teléfono y las señas de un centro donde pueden diagnosticar a este joven, y podrán darle la orientación que necesita. Ellos sabrán mejor que yo si David sólo sufre trastornos mentales que pueden solucionarse o cuanto menos entibiarse, o está enfermo de veras. Sé que usted tomará la decisión correcta. Si

él acepta ir a que lo examinen, si acepta que su comportamiento no es normal... hay mucha esperanza, Fina.

Y David, aun tras el chaparrón de insultos y maldiciones que le había endosado por vieja entrometida y pesada, chaparrón que Fina había escuchado sin pestañear en la esquina de la misma calle donde lo había abordado por primera vez, había acabado por demostrar que sí había lugar para la esperanza.

Porque había dicho que sí.

El último domingo de febrero.

Fina dudaba. Le gustaba más el flexo azul, pero parecía más frágil que el negro. Podía dejarse llevar por la inocencia y pensar que David ya estaba sobradamente preparado para manejar objetos delicados que no encontrara apetecible destrozarse o tirar contra la pared, pero podía ser realista y seguir tachando días en el calendario, los días que acercaban a David a la normalidad que estaba a su alcance, y a ella a la esperanza que todavía no estaba al suyo. Los accesos de violencia del joven habían pasado de ser diarios a ser esporádicos, a veces transcurría una semana – en una ocasión gloriosa, casi dos – pero todavía se producían extraños cortocircuitos en aquella mente trastornada por las vejaciones y el abuso. David jamás la había atacado a ella, eventualidad que Fina ya había resuelto consigo misma que no podría consentir bajo ningún concepto, y en base a ese único límite se había propuesto ceñirse, como llevaba intentando hacer desde el principio

en la última aventura de su vida, a tomar las medidas necesarias para que la vida siguiese siendo lo más cómoda posible. Con un espíritu práctico que no había creído albergar hasta tener razones para ello, y tras comprobar que él, en cuanto tenía oportunidad, revolvía entre las cosas de su “cuidadora” sin ningún propósito aparente, la mujer había empaquetado todas sus pertenencias más valiosas, así como las más frágiles. Sustituyó menaje susceptible de roturas por otro más resistente, simplificó el uso de los cubiertos, hizo los ajustes necesarios, guiada siempre por las recomendaciones del centro donde habían diagnosticado a David, y poco a poco llegó a convencerse de que, en realidad, nada en sus días se salía de lo normal. David oscilaba alternativamente entre la indiferencia más hiriente y un afecto tibio, indeciso, pero , en cualquier caso, jamás la había hecho objeto de franco desprecio, más allá de los insultos casi automatizados que brotaban de su boca en cuanto ella insistía en acatar todas las recomendaciones terapéuticas. Pero, concluía Fina, complacida, incluso sus arrebatos de ira iban disminuyendo a medida que la medicación y la terapia trazaban nuevos senderos en la perturbada forma de enfocar la vida que ostentaba su protegido.

Fina sonreía a veces al pensar que ya había muchos días en que él podía pasar meramente por un niño insolente y malcriado.

Y también sonrió ahora, cuando eligió el flexo negro.

Mediados de marzo.

“Trastorno paranoide de la personalidad”, “inestabilidad emocional extrema”, “TOC”, “Ansiedad generalizada”, “Brotos psicóticos de grado variable”. Todas las noches Fina leía y releía el informe de los terapeutas con detenimiento, con el mismo interés con que desbrozaba los prospectos de la medicación que cada mañana dejaba en la bandeja del desayuno, al lado del zumo de naranja, con la misma determinación que todos los días esperaba, impasible y terca, que David la rociara con sus exaltadas críticas antes de tomárselas. Al principio, había confiado en él, hasta que encontró un riachuelo de cápsulas rojas y blancas enterradas de mala manera en la tierra de sus geranios. La mujer había recogido y guardado todas las píldoras en una bolsa, que arrojó a la basura sin darse ni un minuto para sentir enojo. No era culpa de él, había sido culpa de ella, ella que aún porfiaba, probablemente de modo inconsciente, en estar tratando a un chico 100% sano, en lugar de a uno que todas las noches sufría espantosas pesadillas en las que rememoraba a retazos dispersos una infancia y una adolescencia que Fina temblaba ante la sola idea de tener que poner en pie.

Prefería no saber en detalle el infierno del que procedía.

Algunas mañanas, David sólo le dirigía una torva mirada antes de tomarse las píldoras, sin molestarse en hablar. Sólo cuando ya llevaba casi dos meses de tratamiento las empezó a coger del plato con gesto distraído tragándoselas mientras seguía echando un vista-

zo al televisor, porque ella se lo desconectaba en cuanto concluía el desayuno, acercándole luego, con férrea insistencia, los libros, el bolígrafo, los cuadernos.

Él había elegido el módulo que se veía capacitado e interesado para estudiar. Ella, los horarios.

Finales de abril.

- ¿Por qué haces esto? ¿Por qué me cuidas?

Fina se había hecho esa pregunta muchas veces en aquellos meses, pero eso no la había preparado para escucharla en otra persona. Ni siquiera a su propia hija le había consentido que cuestionara sus callados motivos, cuanto menos censurarlos. A Alicia, como a todos los que poco a poco habían ido preguntándose qué delante se proponía a sus años conviviendo con un absoluto desconocido sin familia ni ocupación, les había ofrecido una única respuesta: el silencio más terminante, el silencio donde cabía cuantas interpretaciones pudieran dársele a su comportamiento, el silencio donde ella misma, cuando estuviese preparada, buscaría sus razones.

Pero David había roto el silencio. Y él era quizá el único al que Fina podía sentirse obligada a dar una respuesta.

Lo miró. Llevaba casi cinco meses convertido en huésped, al principio errático y después fijo, de su casa. El cuarto de Julio era ahora, en virtud de aquel chico rubio y ya no tan delgado, el cuarto de David. Un David que apenas guardaba semejanza con el mismo que casi le había costado un desmayo a Fina hacía medio año. Este nuevo David ya no huía, volviendo a las calles, a restregarse contra las paredes sucias don-

de se sentía curiosamente acompañado a pesar de la absoluta soledad. El nuevo David ya no tenía accesos de ira, ya no farfullaba entre dientes por todo y por nada, ya se duchaba sin que se lo dijeran y ya no tenía esa mirada extraviada, siniestramente inquietante, de los inicios. Sus pesadillas eran mucho más esporádicas, y no surgía de ellas convertido en una masa sudorosa y desquiciada, sino en un joven entristecido y molesto, que contemplaba el techo unos minutos, mientras recobraba el ritmo de la respiración, para girarse después con un suspiro y lograr conciliar el sueño a fuerza de voluntad. Estudiaba con empeño y habilidad, cuidaba sus cosas, se le veía más animado y de sus ojos había escapado aquella expresión furtiva y ansiosa del que desconfía de cuanto ve. A todos los efectos, la mejoría era apabullante e irrefutable. Quizá por eso ahora la miraba con expresión cortés pero en ningún caso complaciente. Quería una respuesta. Una respuesta que implicaba revelar la existencia de un hijo muerto que Fina jamás había admitido tener ante David, presa de sus propios miedos. Una respuesta.

Fina no supo dársela.

Junio.

David se lavó las manos, guardó los pinceles y dejó todo ordenado y limpio, sin huellas de su trabajo. Se sentía cansado pero satisfecho, esa sensación que siempre le había acompañado cuando, en su otra vida, concluía sus cuadros en la academia, en aquel breve tiempo en que había sido capaz de encontrar una evasión a la locura que se respiraba en su familia. Antes

de huir de los lujosos muros donde se había convertido en un hombre que rozaba la demencia, David había sido una persona de temperamento artístico y sensible, dotado para unas habilidades que su vida en las calles había logrado no sólo borrar de sus manos, sino de su misma memoria. Ni siquiera Fina lo sospechaba, a despecho de su eterno ejercicio de observación. Sí había percibido, por ejemplo, que el parecido con Julio era cierto, pero no espectacular, al menos a medida que la buena alimentación y unos hábitos de vida más saludables convirtieron a su joven acogido en un muchacho más robusto de lo que Julio había sido nunca. Tenía una boca parecida, y una sonrisa similar, la misma estatura y cierta apostura general que recordaba dolorosamente a Julio, pero sus ojos, aunque claros, eran más rasgados y contemplaban la vida desde un azul más oscuro. Su pelo era más hirsuto, de una tonalidad trigueña que Julio nunca había alcanzado, y tenía unas manos largas y delicadas que, Fina lamentaba, jamás habían sido características de su hijo.

No, David sólo “había sido Julio” el tiempo necesario para sustentar el desbocado proyecto de vivir a través de él lo que le había estado vedado con su propio hijo, el verlo enfermo y tomarlo entre sus brazos, ser capaz de ayudarlo, de sanarlo, de mantenerlo vivo, con ella. A Fina se le pulverizaban los huesos de pura angustia, y, como siempre, reprimía gruesas lágrimas, esta vez de remordimiento al comprender que había utilizado a aquel joven vagabundo para exorcizar su ficticio pecado, el de no haber logrado ser Dios

para evitar el final de un hijo enfermo y condenado. Nunca habría podido salvar a Julio de la enfermedad que acabó llevándose... .

... y había escogido a un mendigo parecido a él para expiar un sentimiento de culpa que, en realidad, nunca le había pertenecido.

Tendría que sincerarse con él, si quería ser honesta. Hablarle de Julio, de su dolor, de su insoportable frustración ante una despedida inconcebible, justificar la vehemencia con que ella había insistido, una y otra vez, en que se dejase ayudar, en que aceptara la comida, la ropa, el ofrecimiento de techo. Explicar por qué había soportado ella misma los desplantes, los insultos y la ira, por qué había gastado su tiempo, su paciencia y su dinero en verlo convertido en quien era ahora: un joven que podía hacer una vida absolutamente normal, y que ya no la necesitaba. Su salud mental, herida de muerte, quizá fuera vulnerable para siempre, pero él ya no estaba a su merced. Si continuaba la terapia y seguía a rajatabla la medicación, jamás volvería a sentirse a la deriva. Ya no era, de hecho, el niño indefenso que él mismo se había considerado hasta el punto de elegir una vida de precariedad y renuncia cuando le correspondía mucho más... . David sabía ahora cuáles eran sus derechos y la forma de ejercerlos.

Se iría. Se marcharía y Fina tendría que aprender a vivir con dos ausencias en vez de una, dos ausencias muy distintas pero, aunque pareciera imposible, igual de irrevocables.

David había dicho que se marcharía en julio. Había encontrado un empleo de poca monta para poder cos-

tearse una habitación barata en una pensión del centro y en cuanto oyó sus apellidos, un abogado accedió a representarle aun cuando se le abonara toda la minuta al final del proceso. A ella, por tanto, le quedaba menos de un mes para repetir un adiós para el que se sentía igual de desprotegida que aquella primera vez, sin que ni ella misma comprendiera bien por qué. Aquel chico no era su hijo, por profundo que hubiese sido el delirio en el que ella sola se hubiera sumergido. ¿Podría ser cierto que le doliera su marcha, que hubiese aprendido a quererlo, que otra vez tuviera que regresar a una vida que ya no valía ni el precio de la tranquilidad?

Fina cerró los ojos, estremecida, y se dijo que daba lo mismo que pudiera ser cierto o no. Dolía como si lo fuera.

Y tendría que sobrevivir, otra vez.

Un sábado de julio.

- Tuve que quitarte algún dinero, Fina, lo hice cuando estaba... ya sabes cómo, pero me hacía falta. Te lo devolveré cuando me sea posible - dijo David, mientras ultimaba su equipaje, ahora encerrado en una pequeña maleta que ella le había comprado, y que contenía ropa suficiente hasta el invierno, cuando, según su abogado, podría cobrar la indemnización que le correspondía.

Ella le miró sin comprender. Por un momento, se preguntó si, a pesar de los alentadores diagnósticos de los médicos, David había mutado sus trastornos y ahora mentía porque seguía abusando de su presunta capacidad para distorsionar la realidad a su provecho. Pero ¿qué provecho podía sacar de decirle tal cosa? Si ella

no había notado nada, no había echado en falta ninguna cosa, sólo un loco sacaría a relucir su delito.

Un loco.

La mujer suspiró largamente y no dijo nada. Miraba sin ver el dormitorio, la habitación de Julio donde no quedaban huellas de su anterior propietario y era ahora la habitación de David. Incluso los objetos que habían pertenecido a su hijo parecían ahora propiedad del joven que, con extremo cuidado, sacó un paquete de debajo de la cama, envuelto en papel de estraza, y lo colocó sobre la colcha. Fina parpadeó.

- No es mucho dinero. Lo suficiente para comprar un lienzo, algunas pinturas, los pinceles, la paleta... - siguió explicando David, ante su creciente estupefacción - y la copia de la llave, claro. Tuve que salir en varias ocasiones, mientras tú hacías la compra y eso. No quería que me pillaras, esto... es un regalo.

- Un regalo - repitió ella, sin entonación.

David se encogió de hombros, sin responder. Luego, con un súbito arrebató, Fina notó el calor de su cuerpo joven inclinándose sobre ella. El beso sobre su apegaminada mejilla le transmitió una corriente de electricidad, no por inesperada menos placentera.

- Vendré a verte pronto, si estás de acuerdo. - dijo él, sin que ella tuviera fuerzas para responder. - Voy a echarte de menos.

Fina escuchó la puerta, al cerrarse suavemente. Después, el silencio.

Con gestos lentos y algo intimidados, se sentó despacio en la cama y tomó el paquete. No era demasiado grande y parecía poco pesado.

Al cabo de diez minutos, fue capaz de abrirlo.

Un miércoles de agosto.

Fina vació el carrito de la compra y guardó las compras. Después recogió brevemente la cocina, y se dirigió al salón para echar un último vistazo, aunque todo estaba impecable para la visita de Alicia. Miró el reloj: faltaban diez minutos para que llegara su hija, y no quedaba nada por hacer.

Satisfecha, se sentó en su sillón y contempló, como llevaba semanas haciendo, el cuadro que presidía la estancia. Era de tamaño mediano, David no había tenido problema en ocultarlo de los ojos de Fina mientras ultimaba los detalles que respetaban, con admirable habilidad de artista, la pequeña fotografía que el joven pintor había dejado junto a su regalo, después de sacarla a escondidas de la caja que Fina guardaba con celo entre sus pertenencias. En la fotografía, y ahora en el retrato, Julio miraba al frente con su mirada limpia y cristalina y con aquella sonrisa irrepetible que se había ido hacia catorce años, pero, en el retrato, y no en la fotografía, su madre estaba con él, contemplándole con amoroso orgullo.

Fina dejó que las lágrimas tanto tiempo reprimidas brotaran de sus ojos agradecidos, mientras constataba una realidad que, así lo había decidido, no podría alterar ninguna otra realidad paralela.

Sus dos hijos varones eran como dos gotas de agua de un mismo manantial.

M^a Paz Bacas Leal

Nació en Cáceres. Pasó gran parte de su infancia jugando en la Plazuela de San Juan y en la Plaza Mayor.

Desde pequeña se aficionó a leer, escuchar música y recitar poemas en compañía de su abuelo León Leal.

Estudió el Bachillerato en el Colegio de las Carmelitas de Cáceres.

Continuó su formación en Salamanca, donde estudió Filosofía y Letras en la sección de Geografía e Historia, durante los cursos 1964 a 1969. Estos años de carrera, marcados por los movimientos estudiantiles en contra de la dictadura franquista, así como la influencia de determinados profesores como Miguel Artola y Manuel Pérez de Ledesma, crearon en ella una inquietud social.

En 1970 ingresó en el noviciado de las Hermanas Carmelitas Vedruna en Valladolid, donde realizó su formación inicial.

Ejerció como profesora en los Colegios de las Carmelitas de la Guardia (Pontevedra), Valladolid, Trujillo y Cáceres en los que impartió clases de Geografía, Historia

y Lengua y Literatura. A través de estas materias, los alumnos realizaban un análisis crítico de la realidad. Así mismo, desde la disciplina de Literatura organizó obras de teatro y recitales poéticos.

En este último centro educativo de Cáceres coordinó el Departamento de Ciencias Sociales. Toda esta experiencia docente transcurrió durante 40 años, hasta que se jubiló en el año 2012.

En los diferentes lugares donde ha vivido ha participado en la Pastoral Diocesana juvenil, matrimonial y social. Fue animadora del Movimiento de Jóvenes de Acción Católica (JEC).

Actualmente es miembro de Manos Unidas, coordina un grupo de Pastoral de mujeres y pertenece a un grupo de reflexión y vida con sacerdotes y laicos de las tres diócesis extremeñas, ligado a la Acción Católica especializada.

En la ciudad de Cáceres participa en distintos movimientos y plataformas ciudadanas y sociales.

El rescoldo del fuego

Pasa desapercibida. Es una de tantas mujeres que hacen cola en el campo de refugiados esperando su ración de comida. Lleva un sencillo vestido largo y un hiyab en la cabeza, que ella alarga para que no quede casi nada de su cara al descubierto. Su melena caoba queda totalmente tapada por el pañuelo. Sin embargo, sus ojos no pasan desapercibidos. Son negros, profundos, con unas largas pestañas que los enmarcan y realzan. Son ojos que reflejan una tristeza infinita, un dolor profundo, una gran desolación.

Coge su ración y encamina sus pasos a la tienda de Kadri. Arrastra los pies, no levanta la mirada, no cruza ninguna palabra con nadie. Kadri la ve y sale a su encuentro. La coge delicadamente por los hombros, la lleva a la puerta de la tienda y la invita a que coma la ración de alimento que hoy le han asignado. Ella, como una autómatas, hace caso de su amigo, se ha acostumbrado a seguir sus indicaciones, a declinar las pequeñas decisiones cotidianas en él. Después se acurruca junto a la tienda y allí pasa medio dormida lo que queda de día. Si duerme no piensa, si se ador-

mece no siente la estremecedora angustia que le nace en el pecho y le acogota la garganta. A veces siente que no es capaz de soportar tanta angustia ¿Será mejor morir? Desea tanto que su vida acabe... ¿Intentará de nuevo quitarse la vida?

Kadri la encontró desmayada en un charco de sangre cerca del campamento de refugiados donde vive. El hiyab caído sobre los hombros, el pelo revuelto, su vestido manchado y un esbozo de dulce sonrisa en sus labios. Lavó las heridas de aquella mujer árabe, acarició los cortes que ella había practicado en sus muñecas, la cargó con sus fuertes brazos y la llevó al recinto del campamento. Una hilera de tiendas pardas, una construcción parecida a una nave y un muro gris se extendía sobre un terreno seco y polvoriento.

Cuando Kadri encontró a la mujer quería que reaccionara, que pronunciara alguna palabra, que diera algún signo de vida. “¿Cómo te llamas?”, “¿De dónde vienes?”, “¿Qué quieres?” Por fin la mujer despertó pero volvió a cerrar sus ojos. Apenas pronunció algunas palabras. Se llamaba Sumaya. Era siria. Y después... el silencio.

Se acostumbró a vivir cerca de Kadri. Él era etíope, procedía de Adis Abeba. Era un joven ingeniero técnico. Había salido de su país por motivos políticos. Tuvo que huir de forma súbita. Era fuerte y alto y su piel parecía de ébano. Sumaya permaneció con los ojos semientornados o cerrados. No quería plantearse nada. No tenía ningún interés en nada. Había decidido no pensar, dejarse, abandonarse... Kadri era un hom-

El rescoldo del fuego

bre bueno y con la débil mujer árabe tenía un tacto y delicadeza especial. No le costaba actuar así con ella. Sumaya era tan dulce... Le gustaba su tez y las formas de su cuerpo, pero, sobre todo, estaba prendado de sus rasgados y profundos ojos.

Durante el día, Kadri prestaba sus servicios en el campo de refugiados. Con sus conocimientos mejoró el servicio de las letrinas, alargó la conducción de agua a distintos puntos comunes y, en unión de Pierre (belga) y Rodrigo (español), gestionaba los papeles de las personas que vivían en aquel campo.

Al atardecer, cuando el sol pintaba de tonos anaranjados el cielo que rodeaba el campamento por el oeste y sumía a los habitantes de aquellas pobres tiendas en una agradable penumbra, Kadri entonaba canciones y acompañaba su canto con la percusión rítmica de una sencilla caja de madera. Lo hacía por ella. Sumaya no parecía atender a la música del amigo. Pero un día en que le cantó una canción de cuna, ella se enterneció sobremanera recordando a su hijo del alma, abrió los ojos, batió sus pestañas, luego de nuevo los entornó. Volvió a abrirlos y una cascada de lágrimas rodó por sus mejillas y empapó su raído vestido “Duerme, mi niño, duerme” seguía cantado Kadri con dulzura. Miró a su amiga, acogió su llanto y continuó su canto acompañando las lágrimas de Sumaya como acompañan al arroyo los árboles que crecen en su ribera.

Sumaya lloró mucho y lloró durante mucho tiempo ¿Cuánto? El que tardó en desahogar su alma, en

vaciar su angustia, en regar su herida... Ya el sol se había escondido y la noche visitaba con su oscuridad la entrada de la tienda. Kadri la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho. Estuvieron así largo tiempo. Por fin Sumaya estaba presente, por fin la mujer daba algún signo de vida. Después del largo abrazo, ella miró a Kadri y esbozó una sonrisa. Con ello quería agradecerle su cariño, manifestarle su amistad, expresarle que ella también era capaz de sentir. Y, por primera vez, contempló con una mirada nueva a su amigo. Le pareció bueno, atractivo, encantador... Entonces toda su cara se convirtió en una hermosa sonrisa. Kadri la miraba complacido. El lenguaje del amor no necesita palabras. Él la había amado desde el principio y supo que desde aquel momento Sumaya también lo amaba. ¿Qué era ese sentimiento tan hondo y bienhechor que Sumaya sentía en su interior? ¿Qué significaba tanta ternura, tanta atracción, tanto gozo?

Los dos supieron que se amaban, que el amor fiel de Kadri era correspondido. Sumaya había tardado en darse cuenta, pero su amor era fuerte como las olas que rompen en el dique del puerto, era sereno como los tonos azules y verdes de un mar en calma y era alegre como cuando canta el fino oleaje que besa los pies que pasean por la arena.

Se fundieron de nuevo en un abrazo, unieron sus cuerpos, sus labios se encontraron y aquel beso fue como el primero de la historia, cuando en los albores de la humanidad un hombre y una mujer se amaron. El cuerpo de Kadri parecía aún más fuerte y armo-

nioso rodeando amorosamente a Sumaya. El hiyab de la mujer se había deslizado hacia el suelo dejando al descubierto su bonita cabellera caoba y sus hombros bien contorneados. Todo en ella era una expresión de libertad, de gozo y de plenitud.

La nana que había entonado Kadri era muy triste, la más triste para ella, y por eso la que podía remover su corazón y hacer que el rescoldo de fuego que en ella anidaba se encendiera y se convirtiera en una llama viva. “Duerme, mi niño, duerme” Fue un momento muy duro, pero con ello Sumaya pasó de la sequedad y la aridez a las lágrimas y de las lágrimas a la consciencia. Y empezó a sentirse viva. Y renació de sus cenizas

Sumaya había venido de Siria. Vivían en Alepo. Una guerra irracional, bárbara e inhumana. Bombas, fuego cruzado, heridos, muertos... El oeste era la zona de Basar Al Asad y el este el bastión de los rebeldes al régimen. Corrían de un lado a otro entre las bombas, en medio del estruendo. No sabían bien de quién venían los ataques. Sumaya y su hijo Samir. Ellos vivían en el oeste, allí tenían una buena casa, y Sumaya un buen trabajo. Ella era asesora cultural del zoco y de la mezquita de Alepo. Pero su casa y su barrio habían sido destruidos. El zoco se había convertido en ruinas y la mezquita con su minarete había sido destrozada. Tuvieron que huir, desplazarse, correr. Como tantos civiles atrapados en el sinsentido de una guerra que ellos no querían. Dormían donde podían. Comían cuando les llegaban alimentos a través

de alguna ONG. Sumaya prescindía de su ración y se la daba a su hijo. Con lo que podía recoger durante el día preparaba un lecho para el niño. Llevaba consigo una sábana y debajo de ella ponía cartones, plásticos o virutas de madera, lo que encontraba entre los escombros, para que su hijo pudiese dormir.

Samir tenía 5 años. El pelo caoba, como su madre, y también unos hermosos ojos negros, enmarcados por densas pestañas como las de ella. Tenía un agradable cutis con algunas pecas que su madre acariciaba con ternura. A Sumaya le gustaba remover el cabello de Samir y cogerle el rostro entre sus manos en una muestra de cariño y ternura. En los ojos de Samir se adivinaba lo despierto que era. Inteligente y agudo. Aún pronunciaba mal algunas palabras y sin embargo se podía seguir una conversación con él. Samir y su madre tenían una relación de complicidad. Aún entre las ruinas no dejaban de jugar, de reírse, de recordar historias. Sumaya contaba a su hijo historias de sus antepasados, cuentos de animales, relatos fantásticos y narraciones de la tradición. Samir ayudaba a su madre a cocinar en el infiernillo que Sumaya había podido conservar de su destruida casa. “Yo quiero cocinar” solía decirle Samir. Y, en otras ocasiones, “Mamá, cuéntame una historia” o “Ponme cuentas de sumar que quiero aprender”. A veces decía a su madre cosas que a ella le estremecían el alma “Los hombres que tiran bombas son malos”, “Quiero irme lejos de aquí, donde no haya guerra”, “Yo soy un príncipe y te voy a salvar, mamá”.

También cantaban juntos. Durante la noche, Sumaya se despertaba de vez en cuando para mirar a su hijo. Más bien tenía un dormir que era tan leve que podía oír la respiración de su hijito, contemplarlo, saberlo a salvo. En más de una ocasión, el niño, aterrado por las bombas, sufría pesadillas y se despertaba llorando o llamando a su madre. Ella lo cogía suavemente y lo acurrucaba a su lado. Así dormían muchas noches.

“Mamá, no quiero más guerras”, “Vámonos de aquí”, “Vámonos donde no haya hombres malos”. Tantas veces escuchó a su hijo frases similares, tanto terror sentía de que a su hijo le pudieran alcanzar las bombas, de que el hambre y la desnutrición pudieran minar la salud de Samir que, por fin, decidió coger a su hijo y marcharse los dos lejos.

Buscó contactos. Encontró a unos individuos que ofrecían llevar a Europa a cambio de demasiado dinero. Sumaya guardaba una cantidad en su pecho y le alcanzaba justo para ello. Le parecía un precio excesivo y si lo entregaba no le quedaba más. No había otra salida.

Embarcaron rumbo a Lesbos. Se acordó de las poetisas de la isla, recordó que en la carrera había leído “La historia del amor en Grecia” y allí hablaba de las mujeres de Lesbos, del amor, de Platón, de la cultura griega. Lesbos, un lugar donde su hijo estuviera a salvo y lejos del terror de las letales armas. Metieron a todos en un bote. En la barca no cabía nadie más. Iban juntos, apretados, a penas se podían mover. Ha-

bía varios niños. Unos más pequeños que Samir, otros mayores. Les dieron chalecos salvavidas y, antes de partir, les cobraron el dinero estipulado.

Salieron al atardecer. El Mediterráneo estaba tranquilo y los recibió con su mejor color azul. Pero pronto las olas empezaron a ser muy fuertes, el oleaje movía inmisericorde la pequeña barca y la zarandeaba. Sumaya se aferraba al bote como podía y con la otra mano protegía a Samir, que hizo todo el trayecto en los brazos de su madre. “Mamá, Mamaíta, ¿están ya lejos los hombres malos?”, “¿Falta mucho para llegar?”. “Llegaremos pronto, hijito”, “Tú mantén siempre la esperanza”, “Al final está la luz”. Con el terrible zarandeo de las olas y con los cuerpos de sus compañeros pegados a su piel, estaban exhaustos cuando divisaron las costas griegas. Aún quedaba un trecho largo para alcanzarlas, cuando los dueños del bote los obligaron a dejar la barca. “Tienen chalecos salvavidas”, “¡Salten del barco ya!” , ¡¡Vamos, salten!!”

Pero los chalecos salvavidas no funcionaron. Era un fraude. Sumaya sujetaba fuertemente a Samir y con el otro brazo nadaba. Sabía nadar bien: había ido a una piscina cubierta las tardes libres. Pero era difícil nadar con un solo brazo y el espacio que quedaba hasta la costa era demasiado grande. Sacaba las fuerzas de donde podía. Nadaba rítmicamente para no agotar las fuerzas y mantenerlas hasta la orilla. Samir intentaba colaborar moviendo bien los brazos. Y ella nadaba y nadaba. Ya veía la costa cerca pero ya no le quedaba ni una brizna de fuerza. No podía seguir na-

dando. Sus brazos se negaron a moverse. Sabía que, quietos, el mar los sostendría y esperaba que alguien los recogiera.

Los voluntarios que se encontraban en la costa vieron unos bultos a la deriva en el mar y se acercaron. Una mujer y un niño. Los dos inconscientes. Los arrastraron a la orilla. Hicieron todo lo que pudieron, pero el niño ya no respiraba. Intentaron reanimarlo por todos los medios, con los niños se esforzaban de manera especial. Pero fue en vano. El Mediterráneo se había cobrado otra víctima. Los periódicos añadirían una cifra más a las estadísticas de fallecidos.

Sumaya había perdido el conocimiento. El esfuerzo en su lucha con el mar en un organismo débil por la desnutrición hizo que las fuerzas le abandonaran y perdiera la consciencia. Cuando volvió en sí, una mujer voluntaria estaba a su lado y la miraba con un bonito gesto de acogida “Y mi hijo? ¿Dónde está? Necesito verlo, por favor” La voluntaria continuó contemplándola con cercanía y no dijo nada. Sumaya volvió a preguntar. Los voluntarios saben que, aunque sea extremadamente duro, esas personas tienen derecho a que se les comunique la verdad. Antes de que lo hiciera, Sumaya se adelantó “¿Le ha pasado algo a mi hijo? Sí. El corazón me dice que le ha pasado algo” y balbució “Lo sé”.

Desde ese momento, Sumaya supo que a Samir se lo había llevado el mar, que ya nunca volvería a sonreír junto a ella, que no percibiría su respiración, que nunca más revolvería sus cabellos. Y supo que la vida

puede ser demasiado cruel. Que lo que más amas te lo pueden arrebatarte. Notó que el corazón se deshacía en múltiples trozos, que la angustia atenazaba su alma, que la palabra amargura no expresaba el dolor indefinible que le estallaba dentro. Lloró y lloró y lloró. Lágrimas amargas, desesperadas, de dolor infinito, de rabia, de impotencia... Y siguió llorando. El tiempo se había parado. No sabía si era de noche o de día. No distinguía los colores, no escuchaba las palabras que otros pronunciaban. En ella no existía el menor atisbo de deseo. Su dolor lo inundaba todo, como cuando el mar se desborda y cubre con sus aguas todas las cosechas, todas las casas y todos los caminos. Y Sumaya siguió llorando.

Pero un día, la fuente de donde manaba su llanto se secó. Los ríos de lágrimas habían dejado un surco en sus mejillas pero ya no brotaban más. Parecía que su tierno corazón se había convertido en una piedra. Ya no tenía el consuelo del llanto. Ya su amor por el hijo perdido no se podía expresar con el lenguaje de las lágrimas. Era como si el organismo, cansado de regar con el llanto la cara de Sumaya, se rebelara y negara a la mujer el consuelo de derramarlas.

Desde entonces, la amargura atenazó más su garganta, su cuerpo se pegó más a la tierra, como en un intento de fundirse con ella y desaparecer, y la impotencia de no poder expresar con las lágrimas sus sentimientos aumentó más su dolor.

Por eso, cuando su amigo Kadri entonó la dulce y tierna nana y de los ojos de Sumaya volvió a brotar

el llanto, fue como si las cadenas que la aprisionaban se rompieran, como si un bálsamo sanador cubriera su corazón, como si mil estrellas se encendieran en la más oscura noche. Ella escuchó: “Duerme, mi niño, duerme” y, llevando a su hijito en el corazón, lo abrió de par en par para dejar que penetrase su mensaje. Su música y su letra le hicieron llorar. Sumaya se creía impotente para que la lluvia de las lágrimas regaran su rostro y su corazón. Pero aconteció el milagro tan deseado: lloró.

Cuando Sumaya lloró, la brizna de fuego que había en su corazón se encendió. El pequeño consuelo que Kadri y otras mujeres y hombres le daban encontró eco en ella. Y, sobre todo, esa fuerza interior apoyada en su debilidad, que Sumaya encontró a veces para resurgir de las cenizas, se hizo patente en ella. Recordó las palabras que ella tantas veces repetía a Samir “Mantén la esperanza. Al final siempre está la luz” Y, desde entonces, se dijo a sí misma: “Claro que puedo”, “Me reafirmo en la esperanza”.

Sumaya decidió ponerse en pie y caminar. En verdad no necesitaba decidirse. Todo su ser, lleno de nueva fuerza por su amor a Kadri, era movimiento y vida. Kadri estaba cerca de ella. Los dos se miraron de nuevo y entrelazaron sus manos. Caminaron despacio, con energía, con ilusión. Su mutuo amor les sabía a frutos sazonados, a dicha, a plenitud.

Desde entonces Sumaya, la mujer siria, tiene razones para vivir y esperar. El dolor por la pérdida del hijo de su alma es grande. Pero se ha encontrado con

su propia verdad y, desde ahí, ha encontrado en una mirada limpia y nueva al amor de su vida. Sumaya y Kadri celebran cada día su mutuo amor y crecen en confianza, entrega mutua y ternura. Son dos en uno, que caminan por la vida.

Sumaya profesa un amor tan hondo a Kadri que ya el horizonte de su vida nunca será ocultado por las nubes, ha encontrado junto a Kadri un nuevo sentido y una nueva luz que ya siempre permanece en ella. Sumaya estrena cada mañana corazón y sonrisa. Pone su persona a disposición de los otros refugiados y de los voluntarios. Su formación le permite dar clases de inglés y árabe a quien le interesa, enseña a leer y a hacer cuentas a los niños, confecciona manualidades en unión con otras mujeres con los restos de los chalecos salvavidas. Es como la palmera que, cuando el viento sopla, cimbreo su tronco y lo mueve con flexibilidad para no romperse. Está cimentada en sus raíces, en lo mejor de ella misma, en el rescoldo del fuego que se convirtió en hoguera. Y el fuego de su cuerpo se ha fundido con el fuego del amado de su corazón.

Manuel Laespada Vizcaíno

Albacete, 1958. Cursó estudios de Geografía e Historia.

Ha obtenido diversos premios, tanto en verso como en prosa.

Tiene publicados más de 10 libros de poesía, todos ellos premiados en distintos certámenes, entre ellos :

“El suspiro ahogado”, Premio Ciudad Real

“Plenilunio descalzo”, Premio Luis Fera, La Laguna

“Los dedos de la sombra” Premio Mario López, Bujalance

“La piel indefensa”, Premio Ciudad de Pamplona

“Del amor caído”, Premio Ciudad de Mérida

“La sombra compartida”, Premio Tardor, Castellón

En poesía infantil ha publicado el poemario “Anividanzas”

En prosa es autor del libro “Un baño de palabras” y la novela “La complicidad de la duda”, Premio Cartapuebla de Miguelturra .

Viejos Espejos

I

El párpado es la sombra que no descansa
nunca.

Espada de Damocles,

y amenaza

con el filo cortante

del arma más temible:

la oscuridad del ojo,

el silencio de todos los colores.

II

Se vende un corazón.
Está a precio de coste,
regateando, acaso,
se puede rebajar el valor de algún sueño.
Si, primero, su peso aligeramos
desbrozándole esquinas
con la lluvia o el pájaro a presión,
si quitamos, después, ese pedazo
que es heredad del alma y no está en venta,
la parte que es vacío, temor desvanecido,
y las heridas que dejó el insomnio,
lo que nos queda es eco de campana
y tendrá, más o menos,
el valor de un poema:
apenas nada.

III

*Yo no he llamado patria más que a ti y al
lenguaje*

Félix Grande

Sumiso como el rostro del espejo
que todo tiene, y ve, y no conserva,
llega el lenguaje, se hace carne el verso
y habita, madre selva, madre, selva
interior que acaba
poniendo el corazón patas arriba
al llegarle el calor de las mayúsculas;
a él, que huye del asedio
de la mortal materia, materia venial
que acabara poblando su abandono
de palabras sin rostro y sin pasado,
arropándole
de una nostalgia medieval
más próxima al dolor que a la penumbra.

IV

Cuando sólo me quede una palabra
que llevarme a la boca
y la última mirada
congele los temores,
sé que te encontraré,
que estarás esperándome:
reconfortante olvido.

V

Recién llegados nos recibe el miedo,
la impaciencia implacable de los relojes ciegos
nos arropa de lágrimas
y deja en nuestra piel
-todavía de pez o mariposa-
arañazos de luces amarillas lentísimas,
y el dolor en la carne
desde una cuerda donde descuelga el frío
su aliento.

El pecado
ya tiene otra coartada
para dejar dormidos sus perfiles.
Recién llegados, cuando todavía
los ojos miran y descubren sombras,
cuando tan sólo el caos nos acecha en la sangre
y desconoce el hombre la caricia,
la muerte nos registra en sus agendas
y el futuro nos pesa como un grito,
como una flor descalza
sobre el mármol.

VI

Como a viejos espejos
que trajeran de nuevo a nuestros ojos
a aquél que un día fuimos
y, apenas, vistos hoy, reconocemos
nos deshabita el labio
que dejó nuestro nombre
bailando junto al borde del olvido.
Hay recuerdos que vuelven
-cuarteada su voz por los inviernos-
con vestidos de niebla,
con vertidos de niebla,
y nos hacen dudar
si son caprichos de la desmemoria
o si realmente un día fueron carne.
Cuando el pasado empieza a poseernos
y al abrir los baúles
los recuerdos se visten de silencios
y las camisas no guardan el gesto
del cuerpo antiguo que las contenía
las bolas de alcanfor guardan aromas
de camposantos que nos reconocen,
vuelos sin sol de mariposas muertas

Juan José Alcolea

Badajoz, (Socuéllamos, 1946) fue Titulado Mercantil y Licenciado en Geografía e Historia, ahora quiere ser poeta y agavillador de poetas. Es miembro de la asociación "Verbo Azul" y codirige su revista "La hoja azul en blanco". Ha publicado: Dejadme mi libertad (Barbastro, 1998), Sin más demora (Ediciones Vitrubio, 2004), Pues fui de llama amor: estas cenizas (Bujalance, 2005), Paisajes para un atardecer (La Laguna, 2006), Aquel tiempo de agraz (Searus, 2007), Hay un cuerpo desnudo sobre el lino (Arucas, 2010), Cuadernos de Socuéllamos (Diputación de C. Real 2010).

Además de sus inquietudes literarias, la Prehistoria, la arqueología (El Paleolítico en Ruiedra, <http://biblioteca2.uclm.es>), y la fotografía han sido, a ratos siguen siendo, actividades muy caras en su periplo vital, pero es en su familia, ahora especialmente en sus nietas, donde atardece su esperanzado devenir.

CINCO POEMAS
PARA UN GRITO SOLITARIO

(DENUNCIA SOCIAL)

Cinco Poemas para un grito solidario

POEMA PARA UNA NAVIDAD

A los pasos sin huella de los parias...
¡Feliz Navidad!

A las piernas de niños ortopédicos...
¡Feliz Navidad!

A los labios desiertos de las viudas...
¡Feliz Navidad!

A los padres descalzos del suicida...
¡Feliz Navidad!

A la muerte que abrió su paraíso...
¡Feliz Navidad!

Al silencio que impuso su martirio...
¡Feliz Navidad!

A los sabios que dieron la consigna...
¡Feliz Navidad!

A las armas que fueron bendecidas...
¡Feliz Navidad!

Juan José Alcolea

Al salario de paz de los obreros
que amasaban el hierro de sus fábricas...
¡Feliz Navidad!

A las nobles empresas que trabajan
en llenar el vientre hambriento de la muerte...
¡Feliz Navidad!

A las niñas forzadas a ser madres
por el sexo voraz de la miseria...
¡Feliz Navidad!

A la ingente bondad de los mercados,
a la justa paciencia de sus dueños...
¡Feliz Navidad!

Y a esos nombres de Dios que facilitan
este abrazo de Paz cada año nuevo...

¡Feliz Navidad!

¡Feliz Navidad!

¡Feliz Navidad!

¡Feliz Navidad!

¡Feliz Navidad!

POEMA POR UN NIÑO DESPLAZADO

Mientras haya una lágrima en sus ojos
un silencio por sus labios
una mirada perdida:
me sentiré culpable.

Mientras oiga un sollozo entre sus manos
un corazón afligido
la tristeza de un agravio:
me sentiré culpable.

Mientras llueva agua en cristales salinos
por sus mejillas y vuelva
la golondrina a la tarde
a dibujarlas de pena:
me sentiré culpable.

Mientras no puedan mis manos
anchas de errores y ofensas
arrebatar de su pecho
todo el dolor que contenga:
me sentiré culpable.

Juan José Alcolea

Me sentiré culpable.

Me sentiré culpable.

Me sentiré culpable.

Me sentiré culpable.

POEMAS POR OTRO SILENCIO

*Una mujer muere degollada por su expareja en
Benaguasil. El País, 04-01-2013*

Fue pasado el horario de la nieve,
cuando empezaban
los hilos de la luz a hacerse pájaro
y el suelo a emborronarse de escritura.

El frío murmuraba en los cristales
palabras inconexas
y, en la cumbre glacial de los almendros,
regalaba sus gotas la blancura.

Algún perro ladró,
sobre el asfalto
la rueda dibujaba líneas negras
y un grito de mujer
se hizo pedazos.

Juan José Alcolea

Llegaron cuando estaba la agonía
durmiéndose en los charcos de la sangre.

Qué indefensa la voz
cuando el poema
es derrota en los versos iniciales.

Mañana oficiarán en un sepelio
la amarga descripción
de otro homicida.

La nieve es el sudario de los ángeles,
la tierra su expresión más insegura.

NOCHE ROTA POR PARIS

Estaba el sol diciembre, no acertaban
las aves a encontrar
el cielo exacto
ni el árbol a trazar su ortografía.

Estaba tan de largo la mañana
que todos los tejados descubrieron
que el peso de la luz tal vez no tiene
motivo para hacerse arquitectura.

Los ojos que almendraban los cristales
buscaban el motivo suficiente
que hiciera necesario ese suicidio
de ver su sombra escrita por la acera.

Fue el día siguiente de alguna Navidad.

Nadie detuvo
la boca de los viejos asesinos

Juan José Alcolea

ni el hambre de la voz
por ser más puta.

Salieron por la noche,
a bocajarro,
y, a la hora en que la nieve
amanecía,
los niños adiestrados impostaban:

“Le Monde”, “Paris Macht”, “Nouvel article”...

Al tiempo de morir, los despistados
miraban las portadas boquiabiertas
apenas sin testar palabra alguna
ni libro en que dejar memoria escrita.

CANCIÓN PARA UN COBARDE

Eran las cuatro.

El sol acuchillaba cada sombra
con terca precisión de especialista
y el aire, como un muerto transparente,
gemía entre las brasas del asfalto.

La vi llegar.

Iba despacio.

Con ese deambular con que se mueven
aquellos que no buscan techo alguno
o tienen ya sus muertes ocupadas.

El lacio pelo
tapaba las heridas de su rostro
y un viejo traje
colgaba del armario de sus huesos.

Juan José Alcolea

Hay siempre un signo
que indica en qué parada nos quedamos,
o el hambre en que llegar a donde nunca.

No me miró.

Barría lentamente con los ojos
los huecos que dejaban en la acera
las caras aburridas de los coches.

Como si hubiera
perdido el testimonio de la vida
en ese arcén que muerden los bordillos
o el cuadrado lienzo de las losas.

De pronto se inclinó;

fueron sus dedos
voraces comisuras que buscaban
los restos de un cigarro muerdecido.

Pude ofrecerle
limosna de guardar,
o cien paquetes
que fueran acabándola a diario.

Pero no quise.

Hubiera herido
la vieja dignidad que aún le quedaba.

POESÍAS 2.017

PREMIO TEMÁTICA LIBRE.

OBRA:

VIEJOS ESPEJOS

AUTOR:

MANUEL LAESPADA VIZCAÍNO



PREMIO DENUNCIA SOCIAL

OBRA:

CINCO POEMAS PARA UN GRITO SOLIDARIO

AUTOR:

JUAN JOSÉ ALCOLEA JIMÉNEZ



NARRACIONES BREVES 2.017.

PREMIO TEMÁTICA LIBRE:

OBRA:

CRÓNICA DE UNA MATERNIDAD

AUTOR:

NÉLIDA LEAL RODRÍGUEZ



PREMIO DENUNCIA SOCIAL:

OBRA:

EL RESCOLDO DEL FUEGO

AUTOR:

M^a PAZ BACAS LEAL

